

El cine, por sus peculiares características técnicas y formales ha sido siempre el medio idóneo para reflejar temores, miedos, pasiones, poderes ocultos, fenómenos sobrenaturales y demás experiencias, más propias del subconsciente del hombre que de una realidad tangible originada por la naturaleza. Se necesitarían horas y horas de trabajo para hacer una recopi-

SOBRE EL RENACIMIENTO DEL CINE DE TERROR



lación más o menos exacta de los cientos de títulos que han tratado de una u otra forma el tema a través de la historia, aportando nuevos aspectos y tratamientos al género, ya que empezando por sus albores tenemos los primeros brotes de fantasía, brotes que iban a servir de pauta a los que años más tarde abordaron el tema. El pionero de la fábula y el misterio en el cine fue, sin duda el francés George Méliès, que con sus ingenuos trucos de imagen fotografiada y de montaje logró crear la ilusión de lo feérico de hacer creer al espectador

lo increíble, lo que más tarde sería la esencia del cinematógrafo, lo que en definitiva se convertiría en lo "verosímil filmico" y que ayudaría a despachar las influencias "vigiladas" de otras artes como el teatro o la literatura (por aquel entonces triunfaban los "films d'art" melodramas y folletines puramente teatrales y literarios). De este modo, años más tarde nacería en Alemania uno de los movimientos artísticos que más iban a influenciar en el cine durante muchísimos años, el expresionismo, que intentaba por todos los medios romper con el amanerado naturalismo que reinaba, revolucionando así las formas y maneras establecidas por la, por aquel entonces, estética dominante, y consiguiendo obras maestras de la talla de "Nosferatu", "El Gabinete del Dr. Caligari", "Metropolis", "Sombras", "El Golem", "El doctor Mabuse" "El estudiante de Praga"... Obras que al margen de lo que significaron como revulsivos a nivel estético, pregonizaban ciertas situaciones socio-políticas y conflictos que no se hicieron tardar. Por esto, el expresionismo resultó ser un límpido reflejo de una realidad que se aproximaba con la ligereza de un tigre. Por vez primera un arte joven como el cine servía de cronista y de fiel reflejo de la historia, por vez primera un género como el fantástico o terrorífico prestaba significación a unos hechos "reales"

bajo unas formas aparentemente irreales, un doctor asesino que se ingenió con un cadáver para hacerlo revivir y matar en su nombre ("El gabinete del Dr. Caligari" de Robert Wiene 1919), otro genio asesino logra con argucias y falacias hacerse con la economía de un país ("Dr. Mabuse" de Fritz Lang 1922), en "Metropolis" de Fritz Lang (1926) se plantea la vida futura en una gran ciudad, dividida entre "amos" y "esclavos".

El cine expresionista, generalmente, se le asocia bastante a menudo con el terror, es más se le considera como la base histórica del género, y es absolutamente lógico, si tenemos en cuenta que muchos de los temas y la estética propia del movimiento siguen vigentes en la mayoría de los films que hoy en día se hacen. Así, se abre una etapa cinematográfica absolutamente fundamental para un género tan atractivo como el terror, y, por supuesto, ello no deja de ser natural. Sin embargo, esa ruptura evidente de la realidad esa búsqueda de lo sobrenatural, de lo fantástico, tiene grandes puntos de contacto con la situación y el momento histórico en que se desarrolló. Y esos fantasmas que habían frecuentado ya el romanticismo literario alemán se irán desarrollando de manera más implícita en la realidad alemana de aquellos años.

Apoyado en los horrores de la guerra, el expresionismo

hará fructificar ese radicalismo que, con tanta frecuencia, acompañaba al desorden. Las pantallas alemanas, se llenaron de ideas metafísicas sobre el destino del hombre, sobre la culpa, sobre el pecado. La naturaleza (es decir, el concepto que de ella había impuesto, sobre todo, el naturalismo en la precedente época liberal) cede sus derechos ante el hombre replanteado en toda la complejidad de su ser, creador de su mundo; entendido éste, primordialmente como mundo interior y subconciente, como enorme depósito de fuerzas e ideas abrigado por una falta de libertad exteriorizarlas dentro de los valores de una civilización burguesa castrante.

El terror como género cinematográfico no efectuaría ninguna novedad hasta en la década de los treinta y cuarenta, con la célebre época Universal, convirtiéndose, por así decirlo, en la época dorada del género. Muchas fueron las aportaciones y las creaciones de nuevos mitos hasta el momento congelados en una larga serie de novelas góticas, en su mayor parte desconocidas por el gran público, y que una vez pasadas al celuloide cobraron tal popularidad que hoy difícilmente encontraríamos un niño que ignorara personajes como Frankenstein o el Conde Drácula. Tal es así, que si se proyecta alguna nueva versión sobre el tema despierta el interés de todos los públicos de una manera diferente a cualquier otro film de otra temática. Las obras notables salidas de los estudios Universal durante aquellos tiempos fueron muchas, entre ellas, las más, son clásicos del género, la enumeración de todas ellas se haría larga y pesada, sin embargo citaré algunos títulos enormemente significativos que crearon y siguen creando escuela: "Drácula" de Tod Browning (1931) "Frankenstein, el autor del monstruo" de James Whale (1931), "La novia de Frankenstein" de James Whale (1935). "Yo anduve con

un zombie" de J. Tourneur (1943), "Los crímenes del museo de cera" de Michael Curtiz (1933) "El Gólem" de J. Duviervier (1936) "King kong" de Meriam C. Cooper (1933) "La mujer pantera" de J. Tourneur (1942) "La parada de los monstruos" de Tod Browning (1932).. Y hasta los años cincuenta no volvería a realizarse ningún film fantástico de interés. Eran los años en que una pequeña productora británica, la Hammer film tuvo la feliz idea de hacer nuevas adaptaciones de los viejos éxitos de la Universal, confiriéndoles una nueva dinámica en el estilo y tratamiento, utilizando para ello a un realizador que renovarí por completo las formas tradicionales del género, Terence Fisher que logra crear un nuevo concepto del terror. Recreación de los climas, esencialización del montaje, una inteligente dosis de erotismo para realzar la fantasía del momento culminante, y una discreta dosificación de los efectos truculentos, en las últimas secuencias, preferentemente violentas, cuando el bien y el mal luchan por sobrevivir. Creando de este modo un planteamiento filosófico y teológico mucho más riguroso que sus antecesores y desmontando la pesada carga granguñolesca de la que adolecían las obras de éstos. Sus films, así como los de sus discípulos (Peter Sasdy, Roy Ward Baker, Mario Bava...) ocupan un lugar importante en la historia del género, "Drácula" de Terence Fisher, "El fantasma de la ópera" del mismo, "Las tres caras del miedo" de Mario Bava, "La maldición de Frankenstein" de Fisher, "El poder de la sangre de Drácula" de Sasdy, etcétera. Y por fin llegamos a la década de los setenta, donde tras más de diez años de falta de actividad, por lo menos a cierto nivel intelectual y artístico, ya que los innumerables films realizados durante este tiempo en España e Italia no resisten el más mínimo rigor crítico, ha vuelto a renacer el gusto por

lo truculento, lo morboso y lo sobrenatural. El éxito en todo el mundo de "El exorcista" y sus secuelas lo demuestran, así como la inesperada afición a temas como la parasitología, brujería, ciencias ocultas, demonología, etc., en otros campos de estudio que no son sólo el cine y la literatura, son síntomas más que evidentes de que el hombre de la primera mitad de esta década está abocado a un mar de confusiones sobre la fé, no sólo a escala teológica, si no a escala meramente social y busca otras vías más parahumanas, y sobrenaturales, vías, en definitiva que le hagan escapar de la normativa establecida cada vez más asfixiante y enfermiza. Y para ello, desde luego no hay como una buena dosis de horror sobrenatural, ese que tan "distante" está del horror nuestro de cada día, razón por la cual ni la mismísima televisión podrá competir a la hora de atraer público cuando éste ya está absolutamente seguro de lo que necesita en lo que a espectáculo se refiere.

Cuando este trabajo salga a la luz, es muy probable que aún siga en cartel el supercélebre film de William Friedkin "El exorcista", y hasta también es probable que hayan otros del mismo corte, cual si de una invasión se tratase, que continúen proyectándose a lo largo y ancho de nuestra geografía, aguardemos por lo tanto dicha invasión a la espera de que descubramos algún film que agregue alguna novedad a tan maltratado género, o que, cuando menos, haga sumergirnos en el poético, libidinoso y siempre súbjugante universo de los fenómenos ocultos.

